

HISTORIA CONCEPTUAL Y HERMENÉUTICA¹

Conceptual History and Hermeneutics

Faustino ONCINA COVES
Universidad de Valencia

BIBLID [(0213-3563) 5, 2003, 161-190]

RESUMEN

Por un lado, mi contribución estudia los lazos de la historia conceptual con la historia de la filosofía, desde la versión tradicional de la historia de la terminología (R. Eucken) y de los conceptos (E. Rothacker), pasando por las revisiones del *Collegium Philosophicum* de Münster (J. Ritter, K. Gründer y H. Lübbe) y la metaforología de H. Blumenberg, hasta la superación heideggeriano-gadameriana de la historia del problema del neokantismo y de las cosmovisiones del historicismo. Por otro, contrasta el enfoque de R. Koselleck con perspectivas análogas: la historia del espíritu (Dilthey) y la historia de las ideas (F. Meinecke), la semántica histórico-social (R. Reichardt) y la historia de los discursos de factura anglosajona (la Escuela de Cambridge: Q. Skinner y J. G. A. Pocock). Koselleck rastrea la lógica de los conceptos como indicadores y propulsores del mundo moderno y registra sus crisis, teniendo en cuenta que ellos son inescindibles de los contextos históricos de su uso, lo que entraña una ética de la responsabilidad en su empleo. A pesar de su afinidad con la hermenéutica filosófica en su diagnóstico de los déficits de la modernidad (que les ha hecho granjearse los recelos de Habermas por su continuismo con el conservadurismo germano), la *Begriffsgeschichte* y la Histórica de Koselleck no se prestan a convertirse en un subcaso de aquella.

1. Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación BFF2001-3835 y BFF2001-1183 del Ministerio de Ciencia y Tecnología y recibió su redacción definitiva durante una estancia en el Instituto Max-Planck de Historia del Derecho Europeo de Frankfurt y en la Universidad de Mainz merced a una beca concedida por la Secretaría de Estado de Educación y Universidades.

Palabras clave: hermenéutica, historia conceptual, historia social, historia de las ideas, historia de los problemas, terminología, historicismo, metaforología, doxografía, modernidad.

ABSTRACT

My contribution studies, on the one hand, the links between conceptual history and the history of philosophy, from the traditional version of the history of terminology (R. Eucken) and of concepts (E. Rothacker), through the revisions of the *Collegium Philosophicum* of Münster (J. Ritter, K. Gründer, and H. Lübbe) and the metaphorology of H. Blumenberg, to Heidegger's and Gadamer's transcending of the history of problems of neokantism and of the history of cosmovisions of historicism. On the other hand, it contrasts R. Koselleck's approach with other similar perspectives: the history of the spirit (Dilthey), the history of ideas (F. Meinecke), historical-social semantics (R. Reichardt), and the history of discourses (the School of Cambridge: Q. Skinner and J. G. A. Pocock). Koselleck tracks the logic of concepts as recorders and propellers of the modern world, and registers their crises, taking into account that they are inseparable from the historical contexts in which they have been used, which entails an ethics of responsibility when employing them. In spite of their affinity with philosophical hermeneutics in their diagnosis of the shortages of modernity (which has provoked Habermas' distrust due to their continuism with German conservatism), Koselleck's *Begriffsgeschichte* and *Historik* do not lend themselves to be converted in a subinstance of that perspective.

Key words: hermeneutics, conceptual history, social history, history of ideas, history of problems, terminology, historicism, metaphorology, doxography, modernity.

En la reciente biografía de Gadamer, su autor, J. Grondin, apenas aborda los lazos de la hermenéutica con la historia conceptual, y, cuando lo hace, sus alusiones son escuetas e incluso crípticas. El rastreo de esas interferencias muestra, sin embargo, que entre ambas no existe sólo estridencia, sino también complicidad. Un par de menciones así lo atestiguan: por un lado, Gadamer promovió la *Begriffsgeschichte* no sólo institucionalmente a través de la creación de foros de debate en torno a ese tema, sino que ayudó a su asentamiento. En mayo de 1958 dictó una conferencia ante la Comisión del Senado para la investigación sobre la historia conceptual bajo los auspicios de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*, con el título *El concepto de sensus communis*, que insertó en *Verdad y método*. Por otro, el mecenazgo y la afinidad sufren un cortocircuito cuando leemos, en relación con sus actividades de los años sesenta, lo siguiente: «participó regularmente en un círculo de estudios sobre historia de los conceptos (pero fue “excluido” por sus alumnos, en una actitud de autoafirmación inmadura, de la iniciativa paralela de trabajar el

tema «Poética y hermenéutica»²). Koselleck fue uno de sus discípulos en Heidelberg, aunque en el diálogo que mantuvo con Dottori con motivo de haber franqueado un siglo de vida, confesaba Gadamer que este alumno prefería a su colega Löwith³. Siquiera al comienzo encontramos al centenario profesor dispuesto en la misma línea de fuga que los otros pioneros. Mas esta estrategia va a ir ganando adeptos y detractores a la par, y con el tiempo se ha impuesto la versatilidad metodológica sin menoscabo de su lozanía. Aunque avistaremos muchas de sus variantes, nuestra criba apuntará primordialmente a la querrela entre la hermenéutica y la Histórica, entre Gadamer y Koselleck.

I. TENER O NO TENER HISTORIA: ÉSA ES LA CUESTIÓN DEL CONCEPTO

Parece un tópico consolidado, al que quizá involuntariamente hayamos contribuido a apuntalar por estos lares⁴, la distinción entre dos versiones de la historia conceptual, la *filosófica* y la *historiográfica* (o *semántica histórica*). A veces se presenta tal diferenciación de un modo excesivamente tajante, e incluso se adjetiva maniqueamente la primera de fallida y la segunda de lograda. Este maniqueísmo se mantiene meramente en el plano de las intenciones doctrinales. Una vez se abandona el terreno del credo teórico y se desciende a sus resultados prácticos (esto es, a los macrodiccionarios y a la serie de publicaciones periódicas que ha promovido), todo son parabienes encareciendo la exuberancia del trabajo realizado.

Con el florecimiento de la praxis investigadora se ha reabierto la controversia acerca del ideario que la inspira o debe inspirarla y hasta se ha insinuado la alta

2. GRONDIN, J., *Hans-Georg Gadamer. Una biografía*, Barcelona, Herder, 2000, p. 398. Es excesivo hablar de hagiografía, como algunos han sostenido. Al respecto es interesante el número 1 (2001) de la *Internationale Zeitschrift für Philosophie*, consagrado a «Hermeneutik und Politik in Deutschland vor und nach 1933», sobre todo: WOLIN, R., «Unwahrheit und Methode. Gadamer und die Zweideutigkeiten der "inneren Emigration"», pp. 93-103, y «Gadamer und der deutsche intellektuelle Sonderweg», pp. 93-103.

H. R. Jauss tuvo un protagonismo destacado en el proyecto sobre *Poética y hermenéutica*, iniciado formalmente en 1964. El periplo académico de Jauss es muy significativo: Heidelberg (1957), Münster (1959), Gießen (1961) y Konstanz (1966). Koselleck participaba en las reuniones de Constanza, cuyas contribuciones se publicaban en la serie *Poetik und Hermeneutik*, e incluso coordinó uno de los volúmenes: *Geschichte: Ereignis und Erzählung*, München, Fink, 1973. La *Rezeptionstheorie* de Jauss, conectada con *Verdad y método*, influyó en la historia conceptual de Koselleck, en la medida en que dirigía la atención no a la intención del autor sino al texto como algo interpretado por lectores que pueden adoptar puntos de vista muy diferentes sobre su significado y aplicación. Sin embargo, Gadamer se ha esmerado en separar su proyecto del de Jauss (cf. DUTT, C., *En conversación con Hans-Georg Gadamer*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 67-70).

3. *Die Lektion des Jahrhunderts. Ein philosophischer Dialog mit Riccardo Dottori*, Münster, Lit Verlag, 2002, p. 90. Al mismo tiempo reconoce que tuvo la oportunidad de aprender más de Koselleck que de Habermas, quien abandonó pronto Heidelberg (p. 91).

4. Cf. VILLACAÑAS, J. L. y ONCINA, F., «Introducción» a KOSELLECK, R. y GADAMER, H.-G., *Historia y hermenéutica (HH)*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 10, 20. Por supuesto, nuestro objetivo no era coadyuvar a su escisión, sino destacar su entrelazamiento (cf., pp. 30-52).

traición a los padres fundadores que han cometido quienes hoy cosechan el éxito académico y editorial. En los últimos años impera, en lo tocante al método, el eclecticismo, lejos de las perspicuas declaraciones programáticas de sus iniciadores. Es más, hoy ya no necesita autoafirmarse la historia conceptual (tarea muy presente en sus albores) frente a otros enfoques, especialmente frente a neokantismo e historicismo, sino que ahora sus propios oficiantes forcejean entre sí y proliferan las disidencias. Para entender la mixtura actual conviene remontarnos a los adalides de esta empresa que empezó a ganar lustre en su segunda generación, particularmente en los círculos que se formaron en torno a las personalidades de Gadamer y Ritter. Hay voces que, en vista del pandemónium existente, reclaman un retorno a los orígenes.

Volvamos, así pues, a los padres fundadores a fin de sopesar la posibilidad de introducir rigor y adoptar una actitud más latitudinaria⁵. En el último tercio del siglo XIX R. Eucken respondió al desafío de una *historia de la terminología filosófica* con un influyente libro que comenzaría a periclitarse irremisiblemente merced a los arietes de Ritter y Gadamer. Los contornos de su apuesta sobresalen por su sencilla nitidez: está «al servicio de investigaciones sobre filosofía sistemática» y se «utilizará sólo como apoyo y ayuda». Luego «la terminología es algo exterior y subordinado», pero no por ello deja de ser un saludable complemento por la urgencia en «abrir el camino a una concepción más precisa» de los términos y «desbrozarlo de malentendidos». Esta labor se torna más imperiosa por la constatación de que la precedente se «dedicó más a los conceptos que a las palabras conceptuales»⁶. La empresa de Rothacker está imbuida del mismo desiderátum, y en el preámbulo que inaugura el decisivo *Archivo para una historia conceptual* encontramos una sentencia paradójica: «Una historia la tienen los términos y los problemas, no los conceptos»⁷.

La generación siguiente se mostró más ambiciosa e incluso pretenciosa, pues no sólo resaltó el papel de la historia conceptual, trocando su función adjetiva en sustantiva, sino que ensanchó su temática, al suplantarse el concepto el lugar que antes ocupaba la palabra conceptual o término. La antigua disciplina auxiliar abandona el extrarradio y se desplaza al centro. Así reza el título de un artículo de Gadamer:

5. Cf. RICHTER, M., «Conceptual History (*Begriffsgeschichte*) and Political Theory», *Political Theory*, 14 (1986), p. 629. De este autor recomendamos un libro muy informativo: *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*, New York, Oxford University Press, 1995.

6. EUCKEN, R., *Geschichte der philosophischen Terminologie im Umriss dargestellt*, Leipzig, 1879 (reimpr. Hildesheim, 1964), pp. III, 9, 8, 1. Su desafío lo había formulado en «Aufforderung zur Begründung eines Lexikons der philosophischen Terminologie», *Philosophische Monatshefte*, 8 (1872), pp. 81 y ss. Véanse el excelente trabajo de SCHRÖDER, W. «Was heisst "Geschichte eines philosophischen Begriffs"?» y la réplica de KNEBEL, S. K. «Haben Begriffe Geschichte?», en: SCHOLTZ, G. (ed.), *Die Interdisziplinarität der Begriffsgeschichte*, Hamburg, Meiner, 2000, pp. 159-182.

7. ROTHACKER, E., «Geleitwort», *Archiv für Begriffsgeschichte (AB)*, 1 (1955), p. 9.

*La historia del concepto como filosofía*⁸ (1970). Las ínfulas que se adueñan de esta disciplina son confirmadas un año después en otro artículo del mismo tenor: «La historia conceptual no querría ser un nuevo método de la historiografía de la filosofía..., sino un momento integrador del mismo movimiento de las ideas filosóficas»⁹. Los miembros del *Collegium Philosophicum* aglutinados en Münster alrededor de Ritter también promueven ese doble ensanche de la historia conceptual, al remarcar, por un lado, la «intención teórico-filosófica, sistemática, de la investigación de la historia conceptual», y, por otro, al concebir su tema como una magnitud dinámica y su historia, por tanto, como un proceso dialéctico¹⁰. Lübbe habla de la fluidez de los conceptos (entendidos implícitamente como conectados con un rótulo lingüístico persistente, como compuestos de significante y significado): «Los conceptos [tienen] sus movimientos, [...] no [son] petrificaciones [...], sino fluidos»¹¹.

El propio Ritter acompañó su majestuoso diccionario de un elenco de principios que debían guiar a los colaboradores. Al menos en las fórmulas literales no resuena aquí el eco de la historia terminológica de Eucken, quien simplemente es evocado con deferencia, junto a Rothacker, como impulsor de las indagaciones en este campo¹². Aunque no es rechazada como motivo heurístico, si el nuevo proyecto se redujera a registrar la pluralidad significativa de una expresión, acecharía el peligro de «relativizar, en el sentido del historicismo, la aparición histórica [de un concepto]». La exposición del significado cambiante de expresiones tendría que ver entonces sólo con un «pasado despojado de todo significado presente»¹³. Esta modestia choca con la soberbia de su discípulo Lübbe, que pretende «colmar el aparente hiato entre el carácter vinculante presente de un concepto, su «definición» normativa, por un lado, y su génesis fáctica, por otro. [...] En general, el lenguaje

8. *AB*, 14 (1970), pp. 137-151 (ed. cast. en: *Verdad y método (VM)*, II, Salamanca, Sígueme, 1992, pp. 81-93).

9. «Die Begriffsgeschichte und die Sprache der Philosophie» (1971), en: *Gesammelte Werke (GW)*, Tübingen, Mohr Siebeck, 1987, vol. 4, p. 92.

10. LÜBBE, H., *Säkularisierung. Geschichte eines ideenpolitischen Begriffs*, Freiburg/München, Karl Alber, 1965, p. 11; «Begriffsgeschichte als dialektischer Prozess», en: Ídem, *Die Aufdringlichkeit der Geschichte. Herausforderungen der Moderne vom Historismus bis zum Nationalsozialismus*, Graz/Wien/Köln, 1989, p. 82.

11. No obstante, y en respuesta a las objeciones que se vertieron contra esa dinámica de los conceptos, matiza retóricamente: «la metafórica de la fluidez, referida a los conceptos, [...] es] provocadora, puesto que la ausencia de malentendidos de nuestra comunicación verbal depende entre otras cosas de la estabilidad de los elementos conceptuales» (*Die Aufdringlichkeit*, p. 81).

12. Cf. «Vorwort», en: *Historisches Wörterbuch der Philosophie (HWP)*, vol. I, Basel/Stuttgart, Schwabe & Co, 1971, p. VII.

13. RITTER, J., «Leitgedanken und Grundsätze des Historischen Wörterbuchs der Philosophie», *AB*, 11 (1967), pp. 76-78. Un cierto paralelismo encontramos en la crítica de Koselleck al axioma historicista de la unicidad de cada época, que impide que pueda aprenderse algo de un caso anterior. Este hiperrelativismo, que inutiliza el tópico de *Historia magistra vitae*, es el resultado de la sociedad acelerada industrial y revolucionaria («Geschichte(n) und Historik. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Carsten Dutt», *Internationale Zeitschrift für Philosophie*, 2 [2001], p. 270. Una versión en castellano de esta conversación entre Koselleck y Dutt se publicará en la revista *Isegoría*).

de la filosofía alcanza el fundamento de su carácter vinculante presente en el uso tradicional de este lenguaje». Le asigna dos tareas a la *Begriffsgeschichte*, una subsidiaria y otra principal. La primera funciona como una suerte de terapia semántica dirigida a enderezar el uso caótico y promiscuo de un término filosófico. Es entonces cuando le corresponde «intervenir corrigiendo, a fin de tornar el concepto otra vez practicable», restaurando continuidades quebradas en el uso filosófico del lenguaje y creando obligaciones de índole definicional. Lo anterior lo logra «en la medida en que, a través del trabajo histórico de su génesis, recomienda fijarlo preeminentemente a aquella definición acreditada por la plausibilidad y coherencia de dicha génesis». La segunda parte expresa la pretensión de que la *historia conceptual* se erija en *historia de la filosofía*, y «presupone que los conceptos no son magnitudes eternas atemporales, sino momentos de contextos categoriales que cambian». Los conceptos son «esquemas de orientación y de acción para la praxis y la teoría», involucrados en una filosofía que se entiende como lucha espiritual. De esta manera le confiere a la historia conceptual una ulterior función: mostrar cómo ciertos conceptos en ciertas situaciones se han vuelto significativos menos por su fuerza de manifestación de la realidad que por la provocación para la formación de frentes idealpolíticos¹⁴. En su última (o penúltima) toma de posición, ahora ya además como inventor de conceptos, no considera la génesis como fundamento de validez de formaciones o de cambios conceptuales y aboga por la idoneidad pragmática como su único criterio de uso¹⁵.

H. Blumenberg, también desde 1970 en Münster, pero cuyos trabajos describen una órbita autónoma, comentaba acerbamente¹⁶ la indiferencia que le dispensa el *HWP* a la metáfora, a pesar de la buena acogida de *Paradigmas para una metaforología*. A la sazón pensaba que ésta era una metodología al servicio de la historia de los conceptos. Aunque en el apéndice *Vista panorámica sobre la teoría de la inconceptualidad* al libro *Naufragio con espectador* (1979) matizó sus ideas iniciales, ha permanecido fiel a su programa:

Desde entonces [1960] no ha cambiado nada en la función de la metaforología, si acaso en su referente; ante todo, porque hay que concebir la metáfora como un caso especial de la inconceptualidad. La metafórica no se considera ya prioritariamente como esfera rectora de concepciones teóricas aún provisionales, como ámbito preliminar a la formación de conceptos, como recurso en la situación de un lenguaje especializado aún sin consolidar [...]. Podría decirse que se ha invertido

14. *Säkularisierung*, pp. 11-12, 15-16, 22.

15. «Begriffsgeschichte und Begriffsnormierung», en: SCHOLTZ, o. c., pp. 32, 40. Subraya la incidencia de esta investigación en el «trabajo del concepto», esto es, en los esfuerzos actuales de la filosofía por forjar y perfeccionar conceptos. Entre los conceptos a los que él mismo ha dado una impronta peculiar, menciona, p. ej.: percepción, encogimiento del presente, religión civil, historia e iluminaridad evolutiva. En su libro de 1965 ya evocaba al segundo Wittgenstein como fuente de inspiración (*Säkularisierung*, p. 12).

16. «Beobachtungen an Metaphern», *AB*, 15 (1971), pp. 161-162.

la dirección de la mirada: ésta no se refiere ya ante todo a la constitución de lo conceptual, sino además a las conexiones hacia atrás con el mundo de la vida, en cuanto sostén motivacional constante de toda teoría, aunque no siempre se tiene presente [...]. En este sentido las metáforas son fósiles guía de un estrato arcaico del proceso de la curiosidad teórica¹⁷.

Invocando en los *Paradigmas* la lógica viquiana de la fantasía frente al ideal cartesiano de claridad y distinción —sugiriendo su complementariedad más bien que su antagonismo—, se interroga acerca de las condiciones de posibilidad bajo las cuales «las metáforas pueden tener legitimidad en el lenguaje filosófico». Menciona dos posibilidades. En primer lugar, las metáforas pueden ser «existencias residuales», «rudimentos» del paso del mito al *lógos*. La metaforología sería aquí reflexión crítica, que «ha de descubrir lo impropio del enunciado traslaticio». Desde la posición cartesiana toda historia conceptual tendría sólo este valor destructivo, de «demolición de aquella carga abigarrada y opaca de la tradición». En segundo lugar, cita como legítimas en el lenguaje filosófico las «metáforas absolutas», «existencias fundamentales» que, como traslaciones, son irreductibles a la propiedad de la lógica. La metaforología sería entonces, en tanto que «constatación y análisis de su función enunciativa no resoluble conceptualmente, una parte esencial de la historia conceptual (en el sentido así ampliado)». De esta forma se demostraría como irrealizable el programa cartesiano de la «teleología de la logización». Una nueva relación de *lógos* y fantasía debería conducir a

tomar el ámbito de la fantasía no como sustrato para transformaciones en lo conceptual —donde por así decirlo, elemento por elemento podría ser elaborado y modificado hasta el agotamiento de la reserva de imágenes disponibles—, sino como una esfera catalizadora, en la que se enriquece continuamente el mundo conceptual, pero sin modificar ni consumir con ello esta provisión de existencias¹⁸.

Al asumir la coedición del *AB* K. Gründer, otro integrante del *Collegium* —y como todos, con Ritter a la cabeza, bajo el embrujo de C. Schmitt—, la delimitación de la historia conceptual respecto de la *historia de la terminología* se combina con su distanciamiento de la *historia de los problemas*. En su informe a la Academia de Mainz buscará justificar el rumbo que desea seguir recordando los hitos de la joven investigación¹⁹. Con frecuencia nos hemos referido al protagonismo del *AB*. Sucintamente, reconstruiremos los hitos que lo han encumbrado a su papel estelar y alejado del neokantismo. En 1927 Rothacker, en la *Revista alemana cuatrimestral para la ciencia literaria y la historia del espíritu*, de la que era cofundador, escribía un

17. *Schiffbruch mit Zuschauer*, 4ª ed., Frankfurt, Suhrkamp, 1993, p. 77 (ed. cast. *Naufragio con espectador*, Madrid, Visor, 1995, pp. 97-98).

18. «Paradigmen zu einer Metaphorologie», *AB*, 6 (1960), pp. 7-10.

19. GRÜNDER, K., «Bericht über das "Archiv für Begriffsgeschichte"», *Jahrbuch der Akademie der Wissenschaften und der Literatur*, Mainz (1967), pp. 76-77.

artículo sobre «Medios auxiliares del estudio filosófico», donde invocaba el llamamiento de Eucken en 1872 y reiterado en 1879 a las sociedades doctas, instando a «acometer la producción de un diccionario de la terminología filosófica». Comunica que prepara un *Diccionario de bolsillo de todos los conceptos fundamentales de las ciencias del espíritu en su conjunto y de la filosofía de la cultura*. A finales de los años veinte incluso contó con ayuda institucional y Ritter fue su ayudante durante un breve lapso de tiempo para colaborar en ese trabajo, pero acabó estancándose.

Sin embargo, Rothacker no cejó en su empeño y con posterioridad lanzó el envite a las academias, aviniéndose la maguntina a financiar su plan. Como una propedéutica surgió el *AB*, que debía proporcionar, tal como reza su subtítulo, los *Materiales para un diccionario histórico de la filosofía*. Los logros de R. Eisler se quedaban demasiado cortos en comparación con la envergadura del nuevo proyecto. Desde 1955 aparece anualmente un volumen del *AB*. En el prólogo del número inaugural acuña su eslogan de una «historia de toda la terminología filosófica y de las concepciones del mundo». De su consigna se desprende que entiende su labor como una prosecución de la obra de Dilthey, aun sin ser discípulo directo. La deuda con la *Introducción a las ciencias del espíritu* es notoria y su influjo se detecta en la fundación de la precitada *Revista alemana cuatrimestral*. Un motivo adicional consistía en la intención de cerrarle el paso a los georgianos²⁰. Pero al disolver Dilthey todas las objetivaciones del espíritu en su sentido expresivo y circunscribir entonces la historia de la filosofía a las cosmovisiones, arrostra el riesgo de su psicologización. Este sesgo, paradójicamente, dio pábulo a la historia de los problemas, que realza el contenido objetivo de la tradición.

Gründer, no obstante, al tomar el timón del *AB*, se ceba, por un lado y principalmente en la historia terminológica («Término» sabe a definición completa, tras la cual podría desaparecer la génesis como indiferente»), y, por otro, en la pujante filosofía analítica que insiste en el uso actual de las palabras, al inducir un corte arbitrario de las connotaciones históricas. En cualquier caso, reconoce como herederos legítimos de la historia conceptual al servicio de los cuales está el *AB* el diccionario de Ritter, el léxico de Conze y Koselleck y el *Diccionario de bolsillo de la terminología musical* de H. H. Eggebrecht²¹. En el volumen a partir del cual

20. Sobre la fascinación que ejercían los georgianos véase la biografía de Gadamer, *o. c.*, pp. 121-129.

21. Aunque Gründer le echa un capote a la metaforología de Blumenberg al hacerla un ingrediente insoslayable de la historia conceptual, éste no comparte los celos de aquél frente a la expresión «terminología». Las definiciones fueron demasiado a menudo sólo la apariencia de la precisión ante la realidad teórica de las necesarias imprecisiones: «La exactitud puede ser un producto de la interferencia de indeterminaciones». Y hasta convierte la tarea comprensiva de la *Begriffsgeschichte* en una «investigación terminológica que podría ayudar a entender las formaciones de conceptos como procesos con consecuencias y a practicarlas críticamente» (*Jahrbuch der Akademie der Wissenschaften und der Literatur*, 1967, pp. 79-80; cf. pp. 74-77). Curiosamente, Ritter y Koselleck han subrayado, en sus respectivos diccionarios, los méritos de Blumenberg, para a continuación justificar, aduciendo el estado todavía bisono de los estudios en este terreno, por qué han preterido el escrutinio metaforológico (*HWP*, vol. I, pp. VIII-IX; *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politischen Sprache in Deutschland (GG)*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972 y ss., vol. VIII, p. VIII). Cabe,

dirigen la revista *Gründer*, Gadamer y Ritter, el último publica «Ideas dominantes y principios fundamentales del Diccionario histórico de la Filosofía», donde destaca la obsolescencia del *Diccionario de los conceptos filosóficos* de Eisler, aparecido en 1897 y cuya cuarta edición se remonta a 1927. El propósito primero de reelaborarlo tuvo que ceder muy pronto ante la convicción de que debía ser organizado de nuevo y por entero. Una grave limitación interna de Eisler estriba en la separación drástica que establece entre la función sistemática de los conceptos y su historia, en la desconexión entre las definiciones que inician cada artículo a fin de fijar de un modo vinculante la significación de los conceptos y el material histórico. Todo lo que no remite a un significado exacto es relegado a lo meramente histórico. Ritter replica que la pared divisoria entre sistema e historia de la filosofía no es compacta ni infranqueable, sino permeable y porosa. Además, se ha producido una modificación en la relación de la filosofía con las ciencias. Mientras que Eisler prima todavía las ciencias de la naturaleza (y ante todo la psicología), ahora pasan a un primer plano la teología, el arte, la literatura, la lingüística, la sociología y en general las ciencias del espíritu.

Ritter y su equipo deciden no seguir la vía cartesiana (de Eisler), según la cual los conceptos claros y distintos pueden comprender el objeto de la filosofía con una precisión definitiva, sustraída a todo vaivén. Han de moverse entre dos extremos, el normativismo ahistórico y el relativismo histórico, aproximándose lo más posible a la investigación histórico-conceptual, pero sin pretender que su diccionario se ciña a ella. En esa equidistancia, y en particular frente a la incipiente preponderancia de los programas remozados de una *mathesis universalis* y de un fisicalismo, se alían con Gadamer y «una nueva conciencia crítica que desde entonces debe acompañar a todo filosofar responsable, y que coloca a los hábitos de lenguaje y pensamiento... ante el foro de la tradición histórica a la que todos pertenecemos comunitariamente»²².

Ya hemos aludido a la labor precursora de la hermenéutica filosófica, en los años cincuenta, con respecto a una *Begriffsgeschichte* interdisciplinar, que procura clarificar «importantes conceptos fundamentales de la filosofía y de las ciencias en un intercambio entre los representantes de las ciencias particulares y la filosofía»²³. Esta labor no es ajena a la criba que Heidegger ha hecho en el epígrafe §6 de *Ser y tiempo* —dedicado a elucidar el sentido de la destrucción de la ontología tradicional— de varias aproximaciones consolidadas: la doxográfica, la *Problemgeschichte* neokantiana y la *Geistesgeschichte* diltheyana:

empero, constatar una apertura titubeante a la historia de las metáforas, incluyendo ambos diccionarios algunas de ellas: *Licht, Sprung, Theatrum mundi* (HWP, vols. V, VI, X); y *Öffentlichkeit, Organ, Organismus, Organisation, politischer Körper* (GG, vol. IV).

22. *Verdad y método* (VM), Salamanca, Sígueme, 1991, p. 27; RITTER, «Leitgedanken», *AB*, 11 (1967), pp. 75-80 y su prólogo al primer volumen del HWP (pp. VII-VIII).

23. «Arbeitsbericht der Senatskommission für Begriffsgeschichte bei der Deutschen Forschungsgemeinschaft», *AB*, 9 (1964), p. 7.

La destrucción no se comporta negativamente con respecto al pasado, sino que su crítica afecta al «hoy» y al modo corriente de tratar la historia de la ontología, tanto el modo doxográfico como el que se orienta por la historia del espíritu o la historia de los problemas. La destrucción no pretende sepultar el pasado en la nada; tiene un propósito *positivo*; su función negativa es sólo implícita e indirecta²⁴.

Luego Heidegger acicatea a Gadamer a desprenderse de tales lastres. Éste reconoce a la *historia del problema* el mérito de «conjurar los peligros de una relativización historicista de todo pensamiento filosófico», pero alberga un «momento dogmático», al presuponer irreflexivamente la identidad del problema de los planteamientos clásicos y contribuir al entumecimiento de los llamados conceptos únicamente puros de la terminología filosófica académica (VM, II, pp. 85-86, 93). Por el contrario, el programa de una *Begriffsgeschichte* filosófica consiste en «seguir un movimiento que siempre rebasa el uso lingüístico ordinario y desliga la dirección semántica de las palabras de su ámbito de empleo originario, ampliando o delimitando, comparando y distinguiendo», y de esta manera no se pretende sólo ilustrar históricamente algunos conceptos sino

renovar el vigor del pensamiento que se manifiesta en los puntos de fractura del lenguaje filosófico que delatan el esfuerzo del concepto. Esas «fracturas» en las que se quiebra en cierto modo la relación entre palabra y concepto, y los vocablos cotidianos se reconvierten artificialmente en nuevos términos conceptuales, constituyen la auténtica legitimación de la historia del concepto como filosofía» (VM, II, pp. 92-93).

De ahí el inestimable rendimiento de la historia conceptual, pues si «el mundo es siempre un mundo interpretado en el lenguaje» (VM, II, p. 83), su relación no debe considerarse sólo como

la relación de crítica lingüística, sino también un problema de búsqueda lingüística. Y creo que éste es el drama pavoroso de la filosofía: que ésta sea el esfuerzo constante de búsqueda lingüística o, para decirlo más patéticamente, un constante padecer de penuria lingüística (VM, II, p. 87).

Gadamer no cesa de reiterar el mismo mensaje a lo largo del citado artículo de 1970:

La aportación de la historia del concepto consiste en liberar la expresión filosófica de la rigidez escolástica y recuperarla para la virtualidad del discurso» (VM, II, p. 93).

24. *Ser y tiempo*, trad. de J. E. Rivera, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1997, p. 46. También Rothacker tildó las obras doxográficas de Eisler (sus léxicos de conceptos, de filósofos y kantiano) de meras «cajas de fichas», cuyo único valor reside en ser un «tesoro de citas» (ROTHACKER, E., «Hilfsmittel des philosophischen Studiums», *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, V [1927], pp. 766-791).

Emplaza el modelo de ese «arte» en los diálogos platónicos. Una similar toma de posición la encontramos un año después en *La historia conceptual y el lenguaje de la filosofía*, donde le adscribe la misión tanto de cuestionar la obvedad, inductora al error, de nuestros conceptos como de fomentar también en el lenguaje «una conciencia crítica frente a la tradición histórica». Exige no limitar la historia conceptual filosófica a la deducción de palabras conceptuales ni al hallazgo de una definición a semejanza del uso científico del lenguaje. Ve ventajas en el carácter metafórico de conceptos abstractos, por su fuerza evocadora y cognoscitiva. Las palabras y sus significados son relevantes para la orientación lingüística del mundo sólo «fundidos en el movimiento del entendimiento recíproco»²⁵. En suma, amén de superar el anquilosamiento neokantiano de la filosofía, atenazada por el acotamiento del repertorio de tópicos perennes en su historia, la hermenéutica filosófica ve en la inflexión ontológica heideggeriana (entendida como modo de ser) un avance respecto a la metodológica diltheyana (entendida como modo de conocer). Este enfoque, además de la psicologización de la filosofía —cuya historia se reducía a la descripción comparativa de las formas de despliegue de los tipos de personalidades—, incurre en el anacronismo y en la empatía, en la transposición histórica o psíquica del sujeto en el objeto con el inexorable drenaje de prejuicios y vivencias en el primero al repudiarlos como un agente contaminante del conocimiento objetivo. Gadamer, finalmente, le allanará el camino a Koselleck al ahondar éste en la diferencia preparada por aquél entre palabra y concepto. Aunque tanto palabras como conceptos son polisémicos, los últimos añaden la cualidad de tener más de un significado de manera esencial, esto es, no pueden devenir unívocos²⁶. La concentración de contenidos semánticos en los conceptos procede de la necesidad de expresar la multiplicidad de la experiencia histórica. Sólo el contexto discursivo brinda razones para decidir una interpretación en su inevitable equivocidad. Por eso el significado de los conceptos (también de los filosóficos) no puede obtenerse fuera de su uso en la sociedad (*FP*, p. 109).

La historia de los conceptos no tiene por qué coincidir con la de las realidades que designan en una relación de 1 a 1. De ahí la importancia de alternar semasiología y onomasiología. Además, Koselleck dice:

Los conceptos como tales no tienen historia. Contienen, pero no tienen, historia²⁷.

25. *GW* 4, pp. 78-94. Véase *VM*, p. 655.

26. «Una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencias y significaciones sociales y políticas, en el que y para el que se usa una palabra, entra, en su conjunto, en esa única palabra» (*Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979; ed. cast. *Futuro pasado (FP)*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 117). Remitiremos a esta edición, aunque sin atenarnos literalmente a su traducción.

27. «Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung», *Der Staat*, Beiheft 6 (1983), p. 14; «Begriffsgeschichte und Geschichtsbegriffe», en: *Geschichte der österreichischen Humanwissenschaften*, vol. 1, Wien, 1999, p. 348. Véanse las contribuciones al número monográfico sobre «El problema de la historia conceptual», en: *Res publica. Revista de la historia y del presente de los conceptos políticos* (Murcia), 1 (1998) —sobre todo el artículo de G. Duso—.

Para desentrañar en qué consiste que un concepto contenga historia hemos de allegarnos a *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*. Su método se nutre de cinco elementos: análisis de crítica histórica, el principio diacrónico, la semasiología y la onomasiología (indagan, respectivamente, los diversos significados de una expresión y la variedad de denominaciones para una situación real), la distinción entre palabra y concepto, y la premisa de que la historia se plasma en determinados conceptos. Estudia la convergencia, no la identidad, de concepto e historia en un período turbulento, entre 1750 y 1850 (la llamada *Sattelzeit*), cuya conceptualización se halla marcada por una cuádruple impronta: temporalización, democratización, ideologización y politización.

Un concepto testimonia las mutaciones sociales y encauza su horizonte prospectivo. Registra a la vez que propulsa, y, por lo tanto, es teórico-práctico. Justamente la bipolaridad de los conceptos permite a su historia suministrar una información que no se puede recabar del simple examen de la propia situación fáctica. Desde tal atalaya se divisa una dimensión de la realidad social —actitud ante ésta, expectativas de futuro— inaccesible mediante el análisis objetivo:

Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba; también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría pensable (*FP*, p. 118).

Debe localizar lo contemporáneo y lo anticuado, describir el grado de correspondencia o desviación entre un cuadro histórico objetivo y las experiencias subjetivas expresadas en sus conceptos coetáneos, y entre éstos y los nuestros. La disputa semántica por los términos apropiados forma parte de la refriega política, pero el *tempo* de los conceptos, sin embargo, no es el *tempo* de las estructuras sociales. Por eso la historia conceptual afronta el problema de la duración, cambio y novedad de los primeros y el del cronometraje de las segundas. Ya con la publicación en 1967, en representación del *Grupo de trabajo para la historia social moderna* de W. Conze, de las «Líneas directrices para el léxico de conceptos político-sociales de la época moderna»²⁸ presumió de haber superado la tradicional historia de las ideas (*Geistesgeschichte* e *Ideengeschichte* de F. Meinecke). Este taller de la *Begriffsgeschichte* de Heidelberg (donde también se fragua la hermenéutica) se trasladará a la joven Universidad de Bielefeld, cuyo *Centro para la investigación interdisciplinar* sirve en 1975 y 1976 como lugar de encuentro entre diversos especialistas con las miras puestas en el acercamiento entre historia conceptual e historia social, y aquí se

28. KOSELLECK, R., «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit», *AB*, 11 (1967), pp. 81-89. Cf. la *Introducción* al primer volumen de *GG* que vio la luz en 1972.

halla el embrión de un equipo, surgido oficialmente en 1977, que se enfrentará a la problemática de los confines entre *lingüística e historia*²⁹.

Desde diversos flancos ha recibido ataques este paradigma *general* de historia conceptual brillando con luz propia los de la llamada Escuela de Cambridge. Una objeción de peso acentúa la índole contradictoria del presunto dinamismo de los conceptos, equiparando esta empresa a un oxímoron:

No hay historias de los conceptos como tales; sólo puede haber historias de su uso³⁰.

En su *Enciclopedia Mittelstrass* ya había llamado la atención sobre la fácil contravención del postulado de invarianza en la que incurre la *Begriffsgeschichte*:

Algunos problemas sistemáticos se asocian al término historia conceptual en la medida en que no es razonable hablar sin más de «historia» en relación a conceptos que, en el marco de una teoría del concepto orientada lógicamente, se presentan como objetos abstractos. Si se modifican las diferencias, se modifican también los conceptos correspondientes y surgen «nuevos conceptos».

Sin embargo, modera un repudio tan drástico señalando que esos cambios en las diferencias pueden entenderse como ampliación, despliegue o precisión de la diferencia originaria, por lo que «está justificado decir que un concepto *evoluciona* o que existe una historia de esa diferenciación, esto es, del concepto»³¹. En un reciente simposio Pocock, junto a Skinner el otro baluarte de dicha Escuela, plantea a la versión *particular* de Koselleck tres críticas que apuntan a (1) marcar las distancias entre una historia de los conceptos y una historia de los discursos; (2) a solidarizarse con el aserto de Skinner de que es imposible escribir una historia de los conceptos; y (3) a impugnar la noción de una *Sattelzeit* y su capitalidad en la *Begriffsgeschichte* (la última la aparcamos de momento).

En primer lugar, Pocock considera la historia de los conceptos como dependiente y auxiliar de una historia de los discursos múltiples³². En consecuencia, subordina el

29. Esta iniciativa tendrá su reflejo editorial en la colección *Sprache und Geschichte* (Klett-Cotta), coordinada por Koselleck. En el círculo de Bielefeld no ha perdido vigor el componente *social* de su investigación, y hace más de una década se puso en marcha la revista *Geschichte und Gesellschaft*, impulsada también por H. U. Wehler y J. Kocka (más influidos por la Teoría Crítica francfortiana), pero de la que se ha descolgado Koselleck por sus discrepancias con éstos.

30. SKINNER, Q., «A Reply to My Critics», en: TULLY, J. (ed.), *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, Cambridge, 1988, p. 283.

31. «Begriffsgeschichte», en: MITTELSTRASS, J. (ed.), *Enzyklopädie Philosophie und Wissenschaftstheorie*, 1, Mannheim/Wien/Zürich, Bibliographisches Institut-Wissenschaftsverlag, 1980, pp. 270-271. O según otro avezado detractor: «Dos haces de notas características que se distinguen entre sí también sólo en una nota, dan lugar a dos conceptos. Si un concepto fijado por determinados rasgos característicos es modificado, surge entonces un nuevo concepto. En este caso es inadmisibles hablar de dos o más formas de *un* concepto» (SCHRÖDER, *o. c.*, p. 164).

32. «Un lenguaje o discurso es una estructura compleja que comprende un vocabulario, una gramática, una retórica y un conjunto de usos, supuestos e implicaciones existentes en el tiempo y empleables

análisis diacrónico, que asocia con la *Begriffsgeschichte*, al análisis sincrónico practicado por historiadores del discurso. En sentido estricto, la escritura de la historia ha de ceñirse a las palabras y sus usos. Como wittgensteiniano, entiende los conceptos como *lo que es usado* en juegos del lenguaje. Aquí se desliza una ilegítima extrapolación de los reparos a A. O. Lovejoy y sus *unit ideas* sobre la base del fracaso en distinguir entre los términos que expresan un concepto y lo que puede ser hecho con un concepto:

Este tipo de historia de las ideas... tiende a darse por satisfecha con una historia casi privada, desposeída de agentes reconocibles [...]. La principal duda acerca del método ha consistido en que ha focalizado su atención en ideas más bien que en sus usos, ha parecido insensible a los modos fuertemente contrapuestos en los que un concepto dado puede ser puesto a funcionar por diferentes escritores en diferentes períodos históricos.

Pero la iniciativa del léxico de Koselleck, y de ahí la mencionada ilegitimidad, está inspirada por un ataque a las cualidades desarraigadas de una historia social propias de sus predecesores. Aun concediendo que los conceptos siempre operan dentro de un discurso, Koselleck discrepa sobre la incompatibilidad entre historia de los conceptos e historia del discurso. Son interdependientes. Un discurso requiere conceptos claves en orden a expresar aquello de lo que se está hablando, y el análisis de los mismos requiere conocimiento de contextos lingüísticos y extralingüísticos. Aunque los conceptos se mueven siempre dentro de un discurso, ellos son los pivotes en torno a los cuales giran los argumentos. Los «conceptos fundamentales» definen las partes irremplazables del vocabulario político y social, combinan experiencias y expectativas de tal manera que se vuelven indispensables para la formulación de las cuestiones más urgentes de un tiempo dado. Por consiguiente, tales conceptos son altamente complejos y siempre controvertidos. Esto

por una comunidad semiespecífica para propósitos políticos interesados y que además extienden a veces la articulación de una cosmovisión o ideología. [...]. Por lo común, un número de tales lenguajes existen en competencia, confrontación, contestación e interacción unos con otros (LEHMANN, H. y RICHTER, M. (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington, German Historical Institute, 1996, p. 47). «Un discurso o lenguaje es una entidad compleja y viva, un sistema, o incluso un organismo. [...]. Ningún léxico de conceptos, por comprensivo y exhaustivo que sea, puede equivaler a tal sistema u organismo o algo que tenga una historia tan compleja como la del lenguaje. [...]. Posiblemente, esto es lo que Wittgenstein quiso decir al emplear el término *Lebensform*» (p. 51).

Un replanteamiento de la *historia conceptual* ha expuesto BUSSE, D., *Historische Semantik. Analyse eines Programms*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1987, al apuntalar el programa de aquélla con cimientos más sólidos. La *semántica histórica* debería reposar en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, H. Hörmann y H. P. Grice, e incorporar algunos de los logros de Foucault en el orden del discurso. De esta manera es menester introducir unas exigencias mínimas: la atención a textos pragmáticos escogidos de modo reflexivo (hasta ahora marginados por la prioridad concedida a los textos teóricos y normativos de las fuentes), consideración de la situación histórica de la comunicación en cada caso y detección de campos semánticos en lugar de una sobrecarga de ciertos conceptos aislados artificialmente (cf. BUSSE, D. (ed.), *Begriffsgeschichte und Diskursgeschichte*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1994).

es lo que los hace históricamente significativos y socava la prioridad del enfoque sincrónico. En toda exégesis sincrónica de un texto hay que calibrar los criterios de selección que conducen a un escritor a usar conceptos de un modo y no de otro. Ningún autor puede crear algo nuevo sin retrotraerse al corpus establecido del lenguaje, a los recursos lingüísticos creados diacrónicamente en el pasado próximo o remoto, y compartido por todos los hablantes y oyentes. Entender o ser entendido presupone un conocimiento previo de cómo ha sido usado el lenguaje.

Frente a la inviabilidad de una historia de los conceptos, Koselleck distingue *Begriffsgeschichte* de *Ideengeschichte*. Una historia de ideas «inmutables» no puede dar cuenta de los diversos roles desempeñados por ellas en contextos dispares. Por el contrario, Koselleck mantiene que todo acto de habla es único, y que todos los conceptos son actos de habla en una situación que no puede ser replicada. Como tales, ocurren sólo una vez, no son sustancias capaces de llevar una vida autónoma, pero no pueden reducirse a actos de habla individuales. La historia de los conceptos puede ser reconstruida mediante el estudio de la recepción o traducción de conceptos primeramente usados en el pasado pero después puestos al servicio de generaciones posteriores. La unicidad histórica de los actos de habla, que parece imposibilitar una historia de los conceptos, crea de hecho la necesidad de reciclar conceptualizaciones pretéritas. Al devenir fundamental un concepto, enmarca y restringe, aumenta y limita el vocabulario válido para las generaciones sucesivas. El reciclaje lingüístico asegura al menos un grado mínimo de continuidad, pero toda aserción acerca de continuidades en el empleo de conceptos debe ser apoyada por usos concretos e iterativos³³. En suma, Koselleck no presume ninguna identidad sustancial resistente a todo cambio más allá del tiempo ni una reificación del concepto en un *ens succesivum*. Precisamente por no apadrinar esa identidad tampoco ignora el postulado de invarianza, según el cual toda variación de notas lógicas da lugar a un concepto discreto diferente.

Un segundo reparo ha sido condensado en la denuncia de un «fetichismo de los nombres», que constriñe a la historia conceptual a omitir la posibilidad de los equívocos, esto es, del empleo de una expresión con distintos significados en diversos textos, por estar aferrada su investigación a un marbete lingüístico que se mantiene constante. La *Begriffsgeschichte* confundiría la ocurrencia de un vocablo con la presencia de un concepto: «La persistencia de... expresiones no nos dice nada

33. La contestación de Koselleck en el encuentro de Washington resulta muy esclarecedora (cf. KOSELLECK, R., «A Response to Comments on the Geschichtliche Grundbegriffe», en: LEHMANN, H. y RICKTER, M. [eds.], o. c., pp. 63-66). En una aportación aparecida en 2002 ha subrayado la imposibilidad de escribir una historia de un concepto particular y concreto, pero, según él, es incontestable que un concepto, con independencia de su empleo originario, ha ganado o abandonado paulatinamente en el proceso histórico una diversidad de significados. Por tanto, resulta plausible escribir la historia de estos estratos temporales de significados (cf. KOSELLECK, «Hinweise auf die temporalen Strukturen begriffsgeschichtlichen Wandels», en: BÖDEKER, H. E. [ed.], *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002, pp. 37-38; cf. p. 32).

fidedigno en absoluto sobre la persistencia de... conceptos»³⁴, ocultando que nos las habemos con homonimias, con diversos conceptos conectados contingentemente con idénticos cuerpos de palabras. Prima una concepción esencialista, realista (frente a la alternativa pragmática) de «significado» como algo inherente al signo, como su propiedad objetiva, incluso como entidad concreta o abstracta al margen de su empleo. Al menos en el seno de la comunidad de oficiantes de la semántica histórica se ha tenido conciencia de este enojoso reparo y por ello no sólo programáticamente se tendió a entrecruzar onomasiología y semasiología, sino que de sus filas salieron voces radicales que abogaban por paralizar este proyecto y que llamaban a «abandonar la ligazón a una figura verbal en favor de una exploración y exposición de campos conceptuales y argumentaciones»³⁵. R. Reichardt ha pisado con solvencia este terreno ampliando con éxito la trama semántica y hasta iconográfica —a la que no es ajeno el propio Koselleck con su dedicación a los conceptos antónimos (*Gegenbegriffe*) y sus recientes trabajos sobre monumentos funerarios—. Aquél, junto a E. Schmitt, ha patrocinado un *Manual de conceptos político-sociales fundamentales en Francia 1680-1820*³⁶, que responde a una orientación metodológica a horcajadas sobre la lexicometría francesa y la *Begriffsgeschichte*, es decir, deudora tanto de los métodos cuantitativos como de los hermenéuticos de los GG. Desdobra su censura en dos puntos: GG sigue remedando la *Geistesgeschichte* al privilegiar a los grandes pensadores y la cultura de las élites, mientras que Reichardt opina que para mostrar las transformaciones reales en la sociedad hay otras fuentes más convincentes —como las actas notariales, v. g.— que las denominaciones lingüísticas de conceptos como «burgués» o «capitalista». La larga extensión temporal en que se analizan los conceptos en GG, desde la Antigüedad a la Edad Moderna, dificulta en exceso discriminar sus cambios y afinar cómo se usaban en cada momento por los grupos sociales en liza.

Por último, Q. Skinner ha intentado darle la puntilla a la teoría gadameriana como historiografía al reivindicar la rentabilidad de la historia de la filosofía para obtener una

34. SKINNER, Q., «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, 8 (1969), p. 39.

35. KNOBLOCH, C., «Überlegungen zur Theorie der Begriffsgeschichte aus sprach- und kommunikationswissenschaftlicher Sicht», *AB*, 35 (1992), p. 9; SCHULTZ, H., «Begriffsgeschichte und Argumentationsgeschichte», en: KOSELLECK, R. (ed.), *Historische Semantik und Begriffsgeschichte*, Tübingen, Klett-Cotta, 1978, pp. 43-74.

36. München, Oldenbourg, 1985. Cf. REICHARDT, R. (ed.), *Aufklärung und Historische Semantik*, Berlin, Duncker & Humblot, 1998 (número monográfico de la *Zeitschrift für historische Forschung*, Beiheft, 21) —la contribución de Reichardt es una declaración programática de su semántica histórico-social del discurso (pp. 7-28)—; y el artículo para el colectivo editado por SCHOLTZ, o. c., pp. 111-133. Se distancia de los «paseos por las cimas» de la *Geistesgeschichte* y de la atomización artificial de conceptos particulares de la *Begriffsgeschichte*, y en su lugar se concentra tanto en un corpus serial de textos cotidianos y en fuentes colectivas como en una multiplicidad de palabras afines o complementarias en su significado con sus respectivos campos semánticos. Le concede especial relevancia a la dimensión signica, figurativa y plástica del lenguaje y a los documentos iconográficos. Bödeker ha trazado un magnífico contraste entre todas las corrientes litigantes (V. «Reflexionen über Begriffsgeschichte als Methode», en: BÖDEKER, H. E., o. c., pp. 73-121).

visión más crítica acerca de las ideas preconcebidas vigentes. La interpretación de un texto consiste primordialmente en recobrar lo que el autor puede haber querido decir al argumentar en la precisa forma en que lo hizo: «Debemos, pues, estar en condiciones de dar cuenta de lo que él *hacía* al presentar su argumentación». La ortodoxia que combate sostendría que «la historia de la filosofía es “relevante” sólo si podemos utilizarla como un espejo que nos devuelva reflejadas nuestras propias creencias y supuestos». Frente a este filisteísmo propone que la relevancia del pasado

puede estribar en el hecho de que, en lugar de proporcionarnos el placer habitual y cuidadosamente amañado del reconocimiento, nos pone en condiciones de retroceder en nuestras creencias y en los conceptos que empleamos para expresarlas, obligándonos quizá a reconsiderar, a reformular o aun... a abandonar algunas de nuestras convicciones actuales a la luz de esas perspectivas más amplias...; abogo, pues, por una historia de la filosofía que, en lugar de suministrar reconstrucciones racionales a la luz de los prejuicios actuales, procure evitar a estos últimos tanto cuanto sea posible.

En comunión con Pocock, el discurso o la ideología, unidades genuinas de estudio para el historiador, constituyen racionalizaciones de acciones intencionales, cuyo sentido debe ser descifrado mediante la emersión de la fuerza ilocucionaria. De este modo propugnan, con ciertas reminiscencias habermasianas, resistir la obsecuencia típica de la hermenéutica, resultante de la circunstancia de que nos hallemos condicionados siquiera en una forma inconsciente:

En vez de inclinarnos ante esa limitación y erigirla en principio, debemos luchar contra ella con todas las armas que los historiadores ya comenzaron a elaborar en sus esfuerzos por reconstruir sin anacronismo las mentalités extrañas a nosotros de períodos anteriores³⁷.

En conclusión, aun admitiendo la perspicacia de sus detractores, no está fundada la imputación de ligereza metódica a todas las tradiciones autóctonas alemanas de la historia conceptual por mantener que los conceptos tendrían o contendrían historia.

37. RORTY, R.; SCHNEEWIND, J. B. y SKINNER, Q. (eds.), *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 238-239. Cf. ABELLÁN, J., «Historia de los conceptos e historia social», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XIV (1991), pp. 277-289; VALLESPÍN, F., «Giro lingüístico e historia de las ideas: Q. Skinner y la “Escuela de Cambridge”», en: ARAMAYO, R. R.; MUGUERZA, J. y VALDECANTOS, A. (eds.), *El individuo y la historia*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 287-301.

II. HERMENÉUTICA E HISTÓRICA

II.1. *Historia y lenguaje*

En su densa *laudatio* con motivo del octogésimo quinto cumpleaños de su maestro, Koselleck se dedica monográficamente a remarcar el profundo hiato entre la hermenéutica y su Histórica. En una entrevista recién publicada orilla sus puntos comunes y ahonda esa cesura mediante una antropología trascendental de las historias. Ésta, nacida en discusión con la hermenéutica de la facticidad de Heidegger y con la filosófica de Gadamer, esboza relaciones elementales de oposición que constituyen una primera delimitación respecto a ambos autores. La otra es la distinción entre lenguaje e historia, distinción que choca con la aspiración gadameriana a que todo lo que el hombre piensa y hace esté condicionado lingüísticamente. Mas Koselleck disiente:

La cuestión es si esta premisa basta para derivar como un acontecer lingüístico también todas las historias y la historia *in toto*, y esto no me parece que sea posible. Por eso el rasgo diferenciador entre lenguaje e historia continúa siendo un dato que distingue la Histórica de la hermenéutica de todo tipo³⁸.

Wahrheit und Methode recurre a una embarazosa paráfrasis de la historia, «eine Art Philologie im Großen»:

La comprensión histórica se muestra como una especie de filología a gran escala. [...] *También nosotros reconocemos, pues, una unidad interna de filología e historiografía (Historie)*..., la unidad consiste en que ambas disciplinas llevan a cabo una tarea de aplicación que sólo difiere en cuanto a su patrón. Si el filólogo comprende un texto dado, o lo que es lo mismo, si se comprende a sí mismo en el texto, en el sentido mencionado, el historiador comprende también el gran texto de la historia del mundo que él más bien adivina, y de cada texto transmitido no es sino un fragmento, una letra; y también él se comprende a sí mismo en este gran texto [...]. Es *la conciencia de la historia efectual* la que constituye el centro en el que uno y otro vienen a confluír como en su verdadero fundamento. [...] *La vieja unidad de las disciplinas hermenéuticas recupera su derecho si se reconoce la conciencia de la historia efectual en toda tarea hermenéutica, tanto en la del filólogo como en la del historiador* (VM, pp. 413-414).

La aporeticidad de esa descripción estriba en que invita a soslayar el diverso trato que mantiene el historiador con los textos que le sirven como material de investigación en comparación con el filólogo respecto a la literatura, el jurista respecto al derecho o el teólogo respecto a la verdad revelada. Ellos son interrogados sobre algo que les precede y de lo cual dan testimonio posiblemente de una

38. «Geschichte(n) und Historik», p. 259. Repárese en que el entrevistador, C. Dutt, también mantuvo una larga conversación con Gadamer, lo que demuestra su buen conocimiento de estos autores.

manera distorsionada. Frente a la textolatría que impera en esas disciplinas Kose-
lleck se desmarca de tal parangón relativizando, sin minimizarlo, el rango de las
provisiones textuales para el historiador. Aunque las declaraciones insertas en la
conferencia conmemorativa son diáfanos, en su conversación con Dutt, con una
meditación más madura sobre el rendimiento de su Histórica, hallamos de nuevo
inequívocos puntos de ruptura más bien que de sutura con el homenajeado:

De hecho es propio del fenómeno fundamental de toda ocupación con la historia
que los textos, ciertamente, son necesarios para entenderla, volver a contarla,
reproducirla o reescribirla. Sin textos no puedo dedicarme a la historia, pero los tex-
tos efectivamente no son la última instancia, puesto que ningún texto ofrece lo que
distingue a una historia. [...]. Toda historia es más o menos de lo que pueda decir la
fuente. Esto vale ya para las estructuras de acontecimientos de historias... y todavía
vale con más razón para procesos a largo plazo que no figuran en ninguna fuente³⁹.

Aunque a Dutt no le confiesa abiertamente que lo que le separa de su profe-
sor es la pretensión de universalidad de la hermenéutica, sí que lo hará tres años
antes a Dipper⁴⁰. Esta polémica, por tanto, pone en entredicho tal universalidad en
un terreno, la historia, especialmente abonado para corroborar la legitimidad de
semejante pretensión. Recordemos que *Wahrheit und Methode* preconiza una
experiencia de verdad que escape a las redes de la metodología científica. Ejem-
plifica su plausibilidad en la experiencia filosófica, en la del arte y en la de la his-
toria. En su primera parte se entrega, sobre la base del arte, al esclarecimiento de
una experiencia irreductible al experimento y de una verdad distinta de la mera
verificabilidad empírica, de la tautología y de la demostración *more geometrico*.
Tras concluir que «la estética debe subsumirse en la hermenéutica» (*VM*, p. 217), ya
que ella explicita el papel de la comprensión como mediación entre sujeto y objeto,
presente y pasado, sugiere que esta misma tendencia integradora debe valer para
el ámbito de la experiencia histórica, lo que acarrea consecuencias para el estatuto
epistemológico de las ciencias del espíritu, en cuanto conocimientos sustentados
en la historia. El historicismo de Ranke, Droysen y Dilthey no pudo zafarse de las
aporías resultantes del imperativo impuesto al historiador —por mor de lograr la
máxima objetivación de su conocimiento y, a la postre, una dignidad epistemoló-
gica equiparable a la de las ciencias de la naturaleza— de un olvido de sí, de una

39. *Ibid.*, pp. 259-260.

40. Su coincidencia parcial radica en que «el lenguaje que compila la experiencia y preformula
experiencias venideras, posee una capacidad limitada de integrar el mundo en su saber, en modos de
comportamiento y en desafíos que orienten nuestra acción. Pero, en contra de la hermenéutica univer-
sal, el lenguaje ofrece sólo un aspecto de lo que el mundo real es posiblemente para los hombres». Las
fuentes son siempre legibles en un doble sentido: en primer lugar, como fuente indicativa de lo que
ocurre fuera de sí misma, y en segundo lugar, como el modo en que el lenguaje articula lo que ocurre.
Merced a esta ambivalencia la historia conceptual es un medio entre historia real e historia de la con-
ciencia («Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte. Reinhart Koselleck im Gespräch
mit Christof Dipper», *Neue politische Literatur*, 43 (1998), p. 188.

autoinmolación. Frente a este ideal metódico de objetivación, Gadamer barrunta que el «fundamento de la Histórica (*Historik*) es la hermenéutica» (*VM*, p. 255), o, como replica a los recensores en el prólogo a la segunda edición:

Entiendo que la universalidad del punto de vista hermenéutico tampoco tolera restricciones allí donde se trata de la multiplicidad de los intereses históricos que se reúnen en la ciencia de la historia. [...]. Querer sustraer a la historiografía (*Geschichtsschreibung*) y a la investigación histórica a la competencia de la reflexión de la historia efectual significaría reducirla a lo que en última instancia es enteramente indiferente (*VM*, p. 14).

Luego estamos ante el proyecto matizado de que la historia sea fagocitada por la hermenéutica (Gadamer) y el alternativo de que aquélla sea reacia a ser engullida por ésta (Koselleck). En su conferencia Koselleck se ha distanciado de la hermenéutica en tres aspectos: 1) Hay condiciones extra y prelingüísticas de posibilidad de historias. 2) La Histórica como teoría universal de tales condiciones no puede considerarse «como un subcaso de la hermenéutica». 3) La última tesis se sigue de la primera. Al intentar acendrar su primera tesis ha indicado cinco pares antitéticos (matar/poder ser matado, amigo/enemigo, interior/exterior [secreto y publicidad], padres e hijos [generatividad], amo y esclavo) como «una clase de categorías trascendentales de posibilidad de historias». En su contestación Gadamer ha reconocido expresamente la legitimidad de un despliegue de «categorías de la historicidad» (*HH*, 102). El propio Koselleck, paradójicamente, se ha referido a pasajes enteros de *Wahrheit und Methode* iluminadores para el historiador. Para ambos éste ha de considerar condiciones extralingüísticas indisolubles en testimonios textuales y los dos se avendrían a suscribir que «el historiador... se sirve básicamente de los textos sólo como testimonios para averiguar a partir de ellos una realidad existente allende los textos» (*HH*, p. 91).

Respecto a la segunda tesis, la clave radica en dilucidar qué se entiende por «subcaso de la hermenéutica». Si bien Gadamer ha aceptado la caracterización de Koselleck de condiciones extralingüísticas de posibilidad de historias, al mismo tiempo ha circunscrito su cometido al de «conceptos fundamentales de un mundo objetivo y de su conocimiento», que, como ha añadido, nada decían que pudiera legitimar nuestro esencial «interés en el mundo objetivo de la historia y de las historias». Sí que lo hace, empero, la hermenéutica filosófica, que —a diferencia de la tradición de una hermenéutica concebida estrictamente— apunta al «fundamento en el mundo de la vida» de todo comprender, no sólo al que se manifiesta en la interpretación de textos. Gadamer no comulga con el sentido restringido de hermenéutica de Droysen, Schleiermacher y Dilthey:

La lingüisticidad que la hermenéutica [filosófica] emplaza en el centro no es sólo la de los textos; por tal entiende igualmente la condición del ser fundamental de todo actuar y crear humanos como Aristóteles ha reclamado enérgicamente destacando el concepto de *animal racional* para distinguirlo de todos los otros seres vivos» (*HH*, pp. 103-104).

Koselleck ha recalcado reiteradamente el carácter pre y extralingüístico de sus cinco pares de opuestos, presentándolos como requisitos histórico-naturales de la vida y la vivencia humanas. ¿Cómo se engarzan con «el fundamento en el mundo de la vida» de todo comprender? Gadamer ha explicado ese ensamblaje destacando la peculiar perspectiva de la hermenéutica filosófica sobre «la posición particular y única» del hombre «en el conjunto de la naturaleza viviente» (*HH*, p. 100) y con este propósito ha evocado el pasaje de la *Política* aristotélica (*Política* I, 2, 1253 a 9-18). La facultad de articular el lenguaje (y no sólo la voz) la identifica el estagirita con la capacidad de discernir lo beneficioso de lo perjudicial, lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo. Una concordancia en los juicios sobre ello lo estimamos también nosotros como constitutivo de la *res publica* humana.

Koselleck parece reprocharle a Gadamer la laxitud con que emplea términos que no son sinónimos: *Historie*, *Geschichte* y *Historik*. Este uso indiscriminado facilita su conversión en un satélite de la hermenéutica. Pero si cabe admitir la hipótesis de que el primero pertenece al cosmos hermenéutico, es inadmisibles en lo concerniente al tercero (*HH*, p. 69). La crónica de su entrelazamiento y segregación ha sido escrupulosamente rastreada por Koselleck. La diferencia y posterior convergencia a partir del s. XVIII entre *Historie* y *Geschichte* la comprime así:

La palabra extranjera *Historie*, que había obtenido carta de naturaleza alemana y significaba prevalentemente la relación, el informe, la narración de lo sucedido y especialmente las ciencias históricas, fue relegada visiblemente en el curso del siglo XVIII por la palabra *Geschichte*. La marginación de la *Historie* en favor de la *Geschichte* se realizó aproximadamente a partir de 1750 con una vehemencia medible estadísticamente. Pero *Geschichte* significa en primer lugar el evento o una serie de acciones efectuadas o sufridas, cometidas o padecidas; la expresión se refiere más bien al mismo acontecer que a su informe. Ciertamente, y ya desde hace tiempo, la *Geschichte* incluía en su significado también el informe, así como, a la inversa, la *Historie* indicaba el acontecimiento mismo [...]. Cuanto más convergían la *Geschichte* como acontecimiento y como representación tanto más se preparaba lingüísticamente el giro trascendental que debía conducir a la filosofía de la historia del Idealismo. La *Geschichte* como nexo entre acciones se fusionó con su conocimiento. La afirmación de Droysen de que la *Geschichte* sólo es el saber de ella misma es el resultado de esta evolución. Esta convergencia de un doble sentido obviamente modificó también el significado de una *Historie* como *magistra vitae*⁴¹.

La locución «*Geschichte*» sumará a su significado originario de historia acontecida el de *Historie* o historia relatada, mentando tanto la serie de acontecimientos como su narración. Ambas deben deslindarse de la Histórica, en cuanto doctrina trascendental de la historia. Por una parte, la oferta categorial heideggeriana, la analítica existencial, se le antoja insuficiente para derivar los trascendentales de las historias. Por otra, subraya la prelación de la Histórica respecto a la hermenéutica,

41. *FP*, 50. Véase asimismo el artículo «Geschichte, Historie», *GG* II, pp. 593-717.

que es una comprensión *reactiva* del acontecer prefijado teóricamente por la Histórica *provocativa*. La Histórica remite a procesos a largo plazo que no están acotados por textos en cuanto tales, sino que más bien los inducen. De ahí que proponga distinguir entre la historia efectual que se muestra en la continuidad de la tradición ligada a textos y la historia efectual que, aunque viable y vadeable lingüísticamente, sin embargo, puede ambicionar algo más que lenguaje (*HH*, pp. 88, 92-93). No obstante, la conclusión de que todo es lenguaje la ha rechazado contundentemente Gadamer⁴².

Lo último, a través del manoseado emblema de *Wahrheit und Methode*: «El ser que puede ser comprendido es lenguaje», está enlazado con la denominada ontología universal del lenguaje: todo comprender «devuelve su propia universalidad a la constitución óptica de lo comprendido, cuando determina ésta en un sentido universal como *lenguaje*» (*VM*, p. 567). Lenguaje, por tanto, no significa exclusivamente lenguaje de las palabras (*Wortsprache*), sino también lenguaje del arte, lenguaje de la naturaleza e incluso lenguaje de las cosas. En el prólogo a la segunda edición de *Wahrheit und Methode* afronta, en alusión a la citada frase, el reproche a resultas del cual la universalización del comprender fomenta una metafísica insostenible, que transforma todo en lenguaje y ve por doquier sólo lenguaje (*VM*, p. 17). También el artículo de 1984 «Texto e interpretación» retorna al *dictum*:

Cuando acuñé la frase «el ser que puede ser comprendido es lenguaje», ésta dejaba sobreentender que lo que es, nunca se puede comprender del todo. Deja sobreentender esto porque lo mentado por un lenguaje rebasa siempre aquello que se expresa (*VM II*, p. 323).

Así la frase es interpretada como indicación del imposible acabamiento, de la incolmabilidad de la experiencia del sentido, de la inagotabilidad del significado. Luego no se trata de que el lenguaje permite comprenderlo todo o que todo lo susceptible de comprensión puede ser articulado en el lenguaje o de un ser para el texto, sino de que entender es buscar palabras para expresar precariamente nuestra comprensión. Las palabras siempre van a la zaga de lo que habría que enunciar. Para aquilatar el otro gozne entre filología e historia, que facilita su asimilación por la hermenéutica, esto es, su común tarea de la aplicación, conviene repasar la obra de Koselleck desde sus inicios.

II.2. *En pos de una modernidad menos moderna*

Entre el Koselleck académicamente bisoño y el provector preboste de la historia conceptual no hay cisma alguno, aunque, por supuesto, se ha producido una inevitable maduración. Al contrario, el propio autor se ha afanado por señalar los pasos fronterizos entre su tesis doctoral (*Crítica y crisis. Un estudio sobre la*

42: *HH*, 106. Cf. SCHÜTT, H. P., «Nachwort», en: KOSELLECK, R. y GADAMER, H.-G., *Historik, Sprache und Hermeneutik. Eine Rede und eine Antwort*, Heidelberg, Manutius Verlag, 2, Auflage, 2000, pp. 54-59.

*patogénesis del mundo burgués*⁴³ y una epistemología de la historia conceptual que ha llamado Histórica. El cenit de esa transición lo representaría *Futuro pasado*:

A la historia conceptual le compete medir y estudiar esta diferencia o convergencia entre conceptos antiguos y categorías actuales del conocimiento. En este sentido... la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia; la epistemología de la historia conduce a la Histórica (*FP*, 334).

Ciertamente, en su disertación apuesta más por el trabajo de campo que por la reflexión teórica y metodológica, pero retrospectivamente, en el prólogo a sus sucesivas ediciones de bolsillo —la primera data de 1973—, sí se ha esmerado expresamente en anclar la praxis historiográfica en una *teoría* de las historias posibles, la Histórica⁴⁴, que sondea los estratos y déficits de la modernidad.

En *Crítica y crisis* aventura una filoschmittiana genealogía de la modernidad, que describe el tránsito de las guerras de religión a la Revolución Francesa. Tras la ruptura de la unidad de la Iglesia, los problemas de conciencia individual han desencadenado las guerras de religión. Con miras a clausurar este episodio cruento la monarquía instituye la razón de Estado. El fuero interno y la acción exterior, el hombre y el súbdito configuran en adelante una estricta dicotomía. Pero el juicio de las élites, pujantes económicamente pero en el ostracismo político, no tarda en retar a las leyes del Estado. Ocultándose de éste, los clubes jacobinos, las logias masónicas y las repúblicas de las letras instruyen un proceso político. La crítica de las Luces se concibe como soberana y para ella todo poder del Estado es un abuso de poder. La filosofía de la historia anuncia el triunfo de la libertad, es la ejecución del plan urdido por la moral. Al continuar negando la autoridad protagonismo político a los ciudadanos, se torna ineluctable la Revolución. Es la crisis, que conduce al desmoronamiento del Estado absolutista en 1789. Mas también la guerra será la secuela de la Revolución⁴⁵. Las contiendas civiles son alfa y omega de este proceso. La Ilustración siempre jalea una transposición de la mera crítica en modos de comportamiento político, que suelen adoptar la forma de crisis bélica. Nuestra época continúa padeciendo el rebufo de la odisea descrita.

Las mismas sospechas ideológicas que enseguida se cernirán sobre su reconstrucción de la modernidad alcanzarán a la historia conceptual y a la Histórica.

43. *Kritik und Krise. Eine Studie zur Genese der bürgerlichen Welt* (*CC*), Freiburg/München, Karl Alber, 1959 (ed. castellana Madrid, Rialp, 1965 —citaremos por esta versión—). La ausencia, no obstante, de una profunda cesura no quiere decir, como reconoce Koselleck, que sus «propias teorías sobre historia conceptual no se hayan modificado continuamente» (KOSELLECK, R., «Hinweise», en: BÖDEKER, H. E., o. c., p. 31).

44. «Vorwort zur Taschenbuchausgabe», 8ª reimpr., Frankfurt, Suhrkamp, 1997, p. IX. En *Zeitschichten. Studien zur Historik* (*ZS*) (Frankfurt, Suhrkamp, 2000) afirma el carácter primario de sus investigaciones sobre la teoría del tiempo, de las que son subsidiarias las relativas a la historia conceptual, la historiografía y la historia social (cf. p. 10). Así lo corroboran también sus dos últimas entrevistas publicadas.

45. *CC*, pp. 339-340. Cf. «Vorwort zur Taschenbuchausgabe», pp. IX-X.

Habermas, p. ej., acusó a Koselleck de haberse alineado con la revolución conservadora al apostar por una especie de «urbanización de la provincia schmittiana»⁴⁶. Por la ilación establecida por el propio autor, la Histórica enmascara intereses continuistas con el pasado más aciago de Alemania⁴⁷. La magnificación de la índole conflictiva de la Ilustración y su jacobinización instan la búsqueda de un antídoto contra la implosión social. Su diagnóstico se encuentra uncido a ese pronóstico, que no ha perdido vigencia, pues todavía hoy dependemos de la tradición gestada en la *Sattelzeit*, en la franja temporal de 1750 a 1850, en la que se acuñan significaciones conceptuales que conforman nuestro patrimonio semántico al servicio de la autoconciencia sociopolítica⁴⁸. Y ello a pesar del presunto irredentismo germano que le reprocha la historiografía anglófona a propósito del estatuto de la *Sattelzeit*. Koselleck habría estado escribiendo sobre historia alemana —lo cual no es del todo cierto, pues, p. ej., en *Crítica y crisis* se refiere al mundo francés y británico—, y la historia de los conceptos es «histórica, cultural y nacionalmente específica».

Con posterioridad Koselleck ha relativizado la preeminencia ontológica que le concede a este intervalo cronológico, rebajando una premisa heurística decisiva no sólo para sus *Geschichtliche Grundbegriffe* sino también para la Histórica a una anécdota académica banal. Concebido inicialmente como lema en una solicitud de

46. «En pocas palabras, la tesis del libro de que la crítica establecida como poder político indirecto lleva necesariamente a la crisis no resulta convincente cuando se la toma en puridad. [...] Pero Koselleck al identificar, por una parte, las opiniones privadas con la opinión pública y desacreditar, por otra, el principio de la opinión pública como un principio de guerra civil, no tiene más remedio que desconocer la intención objetiva de ese espacio de la opinión pública» (HABERMAS, J., «Crítica de la filosofía de la historia (1960)», en: *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 384-386). La antropología política que subyace al libro muestra su «conexión con el pensamiento de la revolución conservadora: como representantes de lo cual se considera a Carl Schmitt, a Hans Freyer y a Arnold Gehlen. [...] Pero esta categoría de guerra civil se define negativamente por referencia a una organización del poder político, que encuentra en la persona del monarca absoluto su tipo ideal; al mismo tiempo supone que el restablecimiento del orden perturbado es algo deseable. Pero nosotros sabemos muy bien que bajo las condiciones sociales actuales tal orden sólo podría ser posible en forma de un Estado totalitario» (*ibid.*, pp. 389-390).

47. VAN LAAK, D., *Gespräche in der Sicherheit des Schweigens*, Berlín, Akademie Verlag, 1993. En la reseña que le hace Habermas echa de menos que no le dedique una semblanza a Koselleck como uno de los valedores de Schmitt en la actual Alemania (cf. HABERMAS, J., «Carl Schmitt en la historia de la cultura política de la República Federal. La necesidad de continuidades alemanas», en: *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta, 1997, p. 130). Habermas, por otra parte, parece no ser consciente de que su *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (1962) tiene una importante deuda con Koselleck. Éste ha prodigado sin rebozo sus alusiones al jurista luciferino como precursor de su *Begriffsgeschichte*. La variación de la historia conceptual de Ritter y su colegio tampoco ha escapado a la seducción de Schmitt (véanse los epígrafes «Münster: das *Collegium Philosophicum*» y «Hermann Lübbe», en: VAN LAAK, o. c., pp. 192-200, 276-281).

48. *GG I*, pp. XIII-XXVII. La vinculación del arte del pronóstico con su proyecto de optimización de la modernidad reaparece en varios artículos de su último libro *Zeitschichten* (algunos de ellos han sido vertidos al castellano en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001 y en mi inminente edición *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos). Remito a mi introducción «La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización».

beca para impulsar el diccionario, el concepto de *Sattelzeit* oscurece, dice ahora su creador, más que alumbraba la teoría que subyacía al proyecto⁴⁹. La *Sattelzeit* no es ni una noción ontológica ni privativa de un lenguaje nacional particular. Con esta periodización el léxico busca determinar cómo los hablantes alemanes percibieron, conceptualizaron e incorporaron a su vocabulario aquellos cambios acelerados que tuvieron lugar entre la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Pero las transformaciones lingüísticas y estructurales no fueron exclusivas de Alemania. Desarrollos análogos ocurrieron en otras comunidades europeas, aunque los ritmos pueden haber diferido. La prioridad de este lapso temporal obedece sobre todo a que con la emergencia de la modernidad afloran las dos categorías estelares, los trascendentales por antonomasia, de la historicidad y de la historia:

Nuestras dos categorías [experiencia y expectativa] señalan la condición humana universal... remiten a un dato antropológico previo [el recuerdo y la esperanza], sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible [...]. Y con esto llego a mi tesis: la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro (*FP*, pp. 336-337).

Ellas se han hecho visibles únicamente cuando han alcanzado la máxima asimetría al estar una en las antípodas de la otra, fenómeno que sólo se constata con la explosión del progreso:

Sólo se puede concebir la modernidad (*Neuzeit*) como un tiempo nuevo (*neue Zeit*) desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas hasta entonces (*FP*, pp. 342-343).

Estas categorías son aplicables a la conciencia moderna del tiempo. En el mundo campesino y artesano, el porvenir se hallaba amarrado al pretérito. Gracias al progreso, el horizonte de expectativa ganó una cualidad históricamente nueva, susceptible de una permanente dilatación utópica y promotora de una aceleración desenfrenada.

La vorágine de la modernidad hace que nos sintamos desfasados a cada instante ante un futuro avasallador (*FP*, p. 16). En esta época ultraveloz poblada de anacronismos vivientes —tal como Gadamer se ha descrito a sí mismo—⁵⁰, Kosselleck quiere disipar los señuelos del progreso, neutralizar el poder de fascinación de la utopía negativa y demorar a la vez que optimizar la estancia en nuestra era, mirando por el retrovisor de la historia, avanzando sobre el suelo firme de la tradición y sin el apremio de pisar el acelerador para penetrar en *terra incognita*:

Porque el futuro de la historia moderna se abre a lo desconocido, se hace planificable —y tiene que ser planificado—. Y con cada nuevo plan se introduce un nuevo elemento que no puede ser objeto de experiencia. [...]. Por ello la historia

49. Cf. LEHMANN y RICHTER, *o. c.*, p. 69.

50. GADAMER, H.-G., «Ich bin ein lebender Anachronismus», *Focus*, 37 (1999), pp. 153-154.

perdió su finalidad de influir inmediatamente en la vida. [...]. Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución Francesa un núcleo de realidad inesperado y duro» (*FP*, pp. 62-64).

Prudentemente, quiere poner bridas al curso desbocado de nuestra civilización y contrarrestar el ritmo trepidante y vertiginoso de nuestros días con un desiderátum:

Podría entonces suceder que una antigua determinación de relación volviera de nuevo por sus fueros: cuanto mayor sea la experiencia, tanto más cauta, pero también más abierta es la expectativa. Esto significaría, sin palabras grandilocuentes, que se habría alcanzado el fin de la modernidad en el sentido de un progreso óptimo (*FP*, p. 356).

Sólo cabe una crítica justificada a la altivez de los planificadores utópicos si la historia como *magistra vitae* extrae sus enseñanzas de las «estructuras de movimiento» (*FP*, p. 152) que limitan el margen de maniobra del futuro.

El singular colectivo *Geschichte* forjado en el siglo XVIII es peraltado a un poder equivalente al de Dios. La diferencia entre acción y narración desaparece con la irrupción de la supremacía de la historia en y por sí misma, con la apología de su disponibilidad sin restricciones y su coacción para la asignación de sentido con la consiguiente usurpación de la responsabilidad:

La historia se distingue porque la previsión humana, los planes humanos y su ejecución se disocian siempre en el curso del tiempo. Guardémonos de rechazar en bloque la expresión moderna de la factibilidad de la historia. Los hombres son responsables de las historias en las que están implicados, sean o no culpables de las consecuencias de su acción. Los hombres deben responder de la inconmensurabilidad entre intención y resultado y es eso lo que le confiere un sentido profundamente auténtico al dictum «hacer la historia» (*FP*, p. 262).

Esta voracidad de sentido histórico es fácil de instrumentalizar ideológicamente. Pero «la historia no es ni un tribunal ni una coartada»⁵¹. El sentido nos hace esperar con una fe ciega (*FP*, p. 258) y el sin sentido desesperar. Únicamente rescatando de su destierro a la proscrita falta de sentido (*Sinnlosigkeit*), es posible la primacía de la acción responsable.

Gadamer e incluso el *Collegium* de Ritter podrían rubricar tal diagnóstico y tal pronóstico: frente a la disponibilidad absoluta de la historia, el énfasis en los condicionamientos impermeables a los sujetos. Contra el antagonismo irreconciliable entre experiencia y expectativa, de *mythos* y *lógos*, su mediación y compensación en una tradición edificante para nuestro pensar y obrar. Frente al acontecimiento instantáneo

51. «Vom Sinn und Unsinn der Geschichte», *Merkur*, 577 (1997), p. 334. Cf. *FP*, pp. 265-266.

y fugaz, la estabilidad y la duración de la estructura⁵². Contra la ruptura, continuidad. Frente a la prepotencia del sentido de la historia, responsabilidad. Frente a la precipitación y crítica devastadora, ralentización y preservación.

Si bien Gadamer habla de la incompetencia política de la filosofía, no deja de teñir políticamente su hermenéutica al aludir al «necesario recurso a la filosofía de la autorresponsabilidad», que ha de «hacerse consciente de los condicionamientos previos», de la pertenencia comunitaria a la tradición histórica. Y desde ahí le regala una tarea a la política, a quien compete (a pesar de su presunta incompetencia) «elevar a conciencia general las auténticas solidaridades. [...] No es nuestra tarea inventar solidaridades, sino hacernos conscientes de ellas»⁵³. Koselleck podría secundar la posición gadameriana, que se infiere de la que mantiene frente a la Ilustración y el Romanticismo. *Wahrheit und Methode* denuncia la depreciación ilustrada del prejuicio (por respeto humano a otros), de la autoridad y la tradición, sin dar por ello su beneplácito al prejuicio por precipitación, al autoritarismo y al tradicionalismo (cf. *VM*, pp. 338-353). Esta apostilla con frecuencia se ha preterido trivializando capciosamente el mensaje hermenéutico. La apostasía de la Ilustración parece arrastrarlo a una profesión de fe romántica, y a menudo ha sido alineado Gadamer con esta grey. Sin embargo, con una sutil finta guarda la equidistancia entre ambas, conquistada a través de una doble crítica de la última. La primera es un remedo de su embestida contra la Ilustración, pues los rivales comparten un esquema básico: la bipolaridad *mythos-lógos*, aunque su valoración sea distinta e incluso opuesta, esto es, el culto idolátrico a lo nuevo se troca en culto a lo viejo: «El romanticismo comparte el prejuicio de la Ilustración y se limita a invertir su valoración intentando hacer valer lo viejo como viejo». Aunque encomia el reconocimiento

52. Koselleck ofrece varios ejemplos de estas estructuras: las formas de organización, las fuerzas productivas y las relaciones de producción, las relaciones amigo-enemigo, las circunstancias espacio-geográficas, las formas inconscientes del comportamiento, las consecuencias naturales de la generación que incluyen posibilidades para la formación de conflictos o para la fundación de tradiciones, las costumbres y los sistemas jurídicos... (cf. *FP*, p. 144). En la conferencia que pronunció con motivo de la concesión del premio del *Historischen Kolleg* titulada *Cuán moderna es la modernidad*, esto es, cuán nuevos son los nuevos tiempos, repara en los estratos de la tradición contenidos en nuestro presente (*ZS*, pp. 225-239; cf. pp. 12 y ss.).

A pesar del parentesco entre el principio de conservación de Gadamer y el teorema de la compensación de Ritter (y de O. Marquard), el primero se ha desmarcado del último. Ritter le asignaba a las ciencias del espíritu el cometido de compensar las pérdidas del viejo patrimonio histórico por el efecto erosionador de la constante modernización científico-técnica. A sus víctimas dichas ciencias ofrecen refugio al custodiarlas como formas de saber y operar posibilitadoras de modernización (idea que fácilmente podría congraciarse con la koselleckiana de su optimización). Gadamer ha rechazado el teorema por su carácter restrictivo, al «minusvalorar el potencial de experiencia de las ciencias del espíritu», y oclusivo, al no hacer justicia su sentido de lo histórico a la experiencia viva de la tradición (cf. DUTT, *En conversación con Gadamer*, pp. 51-52). Lo sabido en semejantes ciencias no es una antigualla pueril hoy, sino que, a través de la conciencia histórico-efectual (*Wirkungsgeschichte* mienta no sólo la recepción, sino también la influencia), brinda su magisterio para la vida.

53. DUTT, *En conversación con Gadamer*, pp. 97-99; *VM*, p. 27.

romántico de la sabiduría del mito, tachado de supersticioso por la *hybris* ilustrada, Gadamer no cohonesta su tendencia novalisiana «a la restauración [...] a reponer lo antiguo porque es lo antiguo» (VM, pp. 340-341). El romanticismo acepta las reglas de juego de la Ilustración, es más, constituye su hiperbolización. Representan «una misma ruptura con la continuidad de sentido de la tradición», sacrificando aquél el presente por mor del pasado y ésta haciendo lo propio con el pasado en nombre del futuro. Una razón absoluta envanecida que pretende la erradicación de todo prejuicio nada tiene que ver con la razón finita humana:

La razón sólo existe como real e histórica, esto es, la razón no es dueña de sí misma sino que está siempre referida a lo dado en lo cual se ejerce (VM, p. 343).

Koselleck ha empleado una jerga diferente, pero sus conjuros riman: las estructuras determinan el acontecimiento, lo iterativo alimenta lo singular, lo repetible permite lo único, lo acontecido es condición de posibilidad y no terreno estéril o calcinado. Resulta así inadmisibile la presunción de figurarse dueños de la historia y, por tanto, de poseer la prerrogativa de fijar su sentido (HH, p. 102). También la preservación caracteriza la razón:

La conservación representa una conducta tan libre como la transformación y la innovación (VM, p. 350).

La anterior equidistancia se vuelve una contemporización con el romanticismo al enmendar la Ilustración maléfica y arrasadora

en el sentido de reconocer que, al margen de los fundamentos de la razón, la tradición conserva algún derecho y determina ampliamente nuestras instituciones y comportamiento. La superioridad de la ética antigua sobre la filosofía moral de la edad moderna se caracteriza precisamente por el hecho de que fundamenta el paso de la ética a la «política», al arte de la buena legislación, en base a la ineludibilidad de la tradición. En comparación con esto la Ilustración moderna es abstracta y revolucionaria (VM, p. 349).

Este correctivo representa igualmente una consigna de Koselleck, quien no disimula su voluntad de rectificar los derroteros de la modernidad sin retractarse de la misma, y por eso habla de su optimización mediante una recuperación catártica del topos *Historia magistra vitae*.

Wahrheit und Methode apuesta por una racionalidad directora de la praxis, la prudencia, veta de la aplicación hermenéutica, tributaria de un *ethos* que sirve de instancia orientadora sobre lo correcto en contraposición con un universalismo vacuo. La conciencia es más participación que dominación, más dialógica que monológica. Los conceptos para Koselleck son vectores teórico-prácticos, índices y factores, registros y propulsores, conservadores y premonitorios, y la Histórica como

revulsivo de la praxis es bifronte. En primer lugar, sigue fiel a la noción hermenéutica de acción como aplicación del sentido, y no cabe escapar de este círculo⁵⁴. Comprender creencias y usos conlleva hacerlos inteligibles en nuestro marco de referencia; el intérprete tiene que relacionar el texto con su propia situación si desea entenderlo adecuadamente. El historiador necesariamente relaciona lo que trata de entender con su propia situación hermenéutica. Mas la *Histórica* no renuncia a intervenir estructuralmente, y, por tanto, a largo plazo pero no *sine die*, en el mundo, a transformar los datos previos responsabilizándose de los efectos⁵⁵. Koselleck subordina la crítica de la comprensión interpretativa a la participación en el movimiento de la estructura, pero no la suprime. No evita así, sin embargo, las picaduras del tábano habermasiano a la hermenéutica filosófica por dejar de profundizar hasta una metahermenéutica, e ir allende el prejuicio, la tradición y la autoridad, esto es, la estructura, que también ha surgido de relaciones asimétricas.

La malversación de la razón histórica no es unidireccional: unos encuentran en el eterno retorno la salvación del furor de la aceleración moderna; otros prestan su asentimiento al sofisma de que nuestra capacidad de futuro depende de la incuestionabilidad de las tradiciones o del escaso dinamismo de las estructuras. Es patético pretender amnistiar nuestro presente y porvenir al precio de una amnesia del pasado o de una interesada condescendencia con el mismo, tal como hace la *Begriffsgeschichte*, desperdiciando la posibilidad de no problematizar en su propio caso con transparencia el contexto de su génesis y metamorfosis, la identidad y responsabilidad pretéritas de sus auspiciadores, en suma, las tensiones entre concepto y estructura⁵⁶.

54. «Vorwort zur Taschenbuchausgabe», p. IX.

55. «En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos, en las premisas de base (*Vorgegebenheiten*). Sobre este más o menos se encuentran y deciden los hombres, lo quieran o no. Pero los datos previos no cambian por eso, y cuando cambian, lo hacen tan lentamente y a tan largo plazo que se escapan de la disposición directa, de la factibilidad» (*FP*, p. 266). Por eso, Koselleck admite una doble historia efectual, la propiamente hermenéutica y la peculiar de la *Histórica*: «Pero la decisión de si un texto debe ser nuevamente interpretado o la ley incluso modificada, por la aparición de un nuevo estado de cosas, es un acto productivo que corresponde primeramente a la *Histórica* como fundamento teórico y sólo secundariamente a la hermenéutica. [...] Debemos diferenciar entre la historia efectual que madura en la continuidad de la tradición ligada a los textos y de su exégesis, por un lado, y, por otro, la historia efectual que, aunque posibilitada y mediada lingüísticamente, va más allá de lo que es asequible con el lenguaje. Hay procesos históricos que escapan a toda compensación o interpretación lingüística. Éste es el ámbito hacia el que la *Histórica* se dirige, al menos teóricamente, y que la distingue, aunque parezca ser abrazada por la hermenéutica filosófica» (*HH*, pp. 90-93).

56. Patéticamente condescendiente es el artículo necrológico de Koselleck sobre Conze («Werner Conze Tradition und Innovation», *Historische Zeitschrift*, 245 [1987], pp. 529-543) y otro tanto podría decirse de la actitud de Gadamer respecto a Heidegger (cf. «Sobre la incompetencia política de la filosofía» [1993], en: GADAMER, H.-G., *Acotaciones hermenéuticas*, Madrid, Trotta, 2002, pp. 49-57). Los historiadores han comenzado felizmente a abandonar sus sospechosos escrúpulos con los colegas. Ya disponemos de trabajos esclarecedores. G. ALY, *Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997, se ocupa de dos prominentes profesionales, presidentes de manera sucesiva de la

asociación alemana de este gremio, T. Schieder y W. Conze, uno de los coeditores de *GG* y de los fundadores de la moderna historia social. Las investigaciones han denunciado escritos inequívocamente pronazis, en los que aboga por una desjudaización de los pueblos polacos y por una política demográfica que significaba, al menos, discriminación y expulsiones, y de hecho genocidio. En 1943 fue incluso recompensado por su lealtad al régimen con una cátedra en la Universidad de Posen. Lo que con posterioridad se bautizó como historia estructural se llamaba a la sazón historia popular (*Volks-geschichte*) y se proponía dar respaldo científico al pangermanismo ofendido por el pacto de Versalles. Véanse también las aportaciones del propio Aly, de H.-U. Wehler y de J. Kocka a: SCHULZE, W. y OEXLE, O. G., *Deutsche Historiker im Nazionalsozialismus*, Frankfurt, Fischer, 1989. J. Van Horn Melton ha destacado el clamoroso compromiso de Otto Brunner, el otro coeditor de *GG*, con el nazismo («Otto Brunner and the Ideological Origins of Begriffsgeschichte», en: LEHMANN y RICHTER, o. c., pp. 21-33) y G. Wolters («Der "Führer" und seine Denker. Zur Philosophie des "Dritten Reichs"», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 47/2 [1999], pp. 223-251) informa de que Rothacker ingresó en el partido nazi el 1-5-1933 y Ritter en 1937. Todos fueron miembros cotizantes del NSDAP hasta mayo de 1945. A continuación puntualiza que, hasta donde sabe, las contribuciones a la filosofía nazi de *Parteigenossen* como Ritter resultan insignificantes. Sin embargo, sí considera a Rothacker (al igual que a Heidegger o A. Gehlen) como filósofos nazis según los criterios que baraja y que no son reductibles a la mera militancia (pp. 232-233).